La Comédiathèque

Apenas un instante antes del fin del mundo

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

Apenas un instante antes del fin del mundo

Jean-Pierre Martinez

Tres personas que no se conocen son convocadas para formar parte de un jurado popular. Al menos, eso es lo que les han dicho. Pero el lugar donde las han reunido no es un tribunal. Allí descubren que deben decidir, entre todos, cómo afrontar las consecuencias de una catástrofe inevitable que está a punto de sacudir el mundo. Las opiniones se enfrentan y una serie de giros inesperados reabre el debate una y otra vez. A lo largo de este espectáculo inmersivo, el público también tendrá que pronunciarse para orientar las decisiones de los personajes y tratar de encontrar la mejor respuesta ante la peor situación imaginable.

Reparto

Fred: maestro o maestra de primaria
Max: camarero o camarera
Alex: músico o música
Sam: asesor o asesora

Todos los personajes pueden ser interpretados tanto por hombres como por mujeres, introduciendo los cambios necesarios en las concordancias y las formas de tratamiento. En esta versión, Max y Sam son hombres; Fred y Alex, mujeres.

© La Comédiathèque

ACTO 1

El escenario está vacío, salvo por tres sillas, una mesa y una nevera. Entra Max con una mascarilla sanitaria blanca que le cubre la nariz y la boca y una venda negra sobre los ojos. Sam lo guía. Max procede de un entorno popular y viste de acuerdo con ello. Sam va vestido de negro y puede llevar gafas oscuras. Bajo la chaqueta lleva una pistola en una funda, que no se verá hasta más adelante.

Max – ¿Ya hemos llegado?

Sam – Siéntese aquí.

Sam ayuda a Max a sentarse en una silla.

Max – ¿Y para qué me han vendado los ojos?

Sam – Ya puede quitarse la venda.

Max – ¿Y la mascarilla?

Sam – La mascarilla también.

Max se quita la venda de los ojos y la mascarilla.

Max – Pero bueno, ¿a qué viene todo este numerito?

Sam – No se preocupe, pronto lo sabrá.

Max – ¿Que no me preocupe? ¿Cómo quiere que no me preocupe? Recibo una citación para presentarme en una comisaría porque me ha tocado formar parte de un jurado popular. Llego allí, me vendan los ojos, me meten en una furgoneta y me traen hasta aquí sin darme ni una explicación. Para empezar, ¿dónde estamos?

Sam – Si hemos tenido la precaución de vendarle los ojos, no tendría mucho sentido decirle ahora dónde estamos. Reconózcalo...

Max mira a su alrededor.

Max – Esto no parece un tribunal... *(Señalando al público, en voz más baja)* ¿Y quién es toda esa gente? ¿El público que va a asistir al juicio?

Sam – Se lo explicaré todo cuando lleguen los demás.

Max – ¿Los otros? ¿Quiere decir... el resto del jurado?

Sam – El resto del jurado, eso es...

Max – ¿Y cuántos seremos, exactamente?

Suena el móvil de Sam.

Sam – Disculpe... *(Al teléfono)* Sam... De acuerdo... Vale, voy enseguida... *(Guarda el móvil.)* Tengo que dejarlo un momento. Si tiene sed, hay bebidas frías en la nevera.

Max – Gracias...

Sam sale. Max vuelve a mirar a su alrededor. Recorre el escenario, observa al público y, después de vacilar, abre la nevera y mira dentro. Saca una lata de cerveza, la abre y da un trago. Parece gustarle. Se acerca al público y se dirige a una persona.

Max – Oiga, ¿usted sabe por qué estamos aquí?

Si la persona responde, se improvisa brevemente para cerrar la conversación. Sam regresa acompañado de Fred y Alex. Ambas llevan mascarilla sanitaria y tienen los ojos vendados. Fred viste con cierta elegancia; Alex tiene aspecto de rockera.

Sam – Ya hemos llegado. Pueden quitarse las vendas.

Alex – Por fin...

Fred – ¿Y las mascarillas también? Nos estamos asfixiando...

Sam – Adelante.

Alex – Espero que cuando abramos los ojos no veamos un pelotón de fusilamiento.

Fred – O una tarta de cumpleaños... A lo mejor todo esto es una broma.

Sam – Esto no es una broma, se lo aseguro.

Fred – Además, no es mi cumpleaños.

Las dos se quitan las vendas, parpadean, algo deslumbradas, y miran a su alrededor. También se quitan las mascarillas.

Alex – ¿Dónde estamos?

Fred – ¿Estamos en un tribunal? Ya está el público aquí...

Alex – ¿No seremos nosotras las acusadas?

Max siempre tiene su cerveza en la mano.

Max – ¿Y por qué iban a juzgarnos? ¡Yo no he hecho nada!

Sam – Nadie los acusa de nada, tranquilícense. Y tampoco son ustedes quienes van a ser juzgados.

Fred – ¿A quién vamos a juzgar entonces?

Alex – ¿A unos terroristas? ¿Por eso toman tantas precauciones?

Max – ¡Eh, un momento! ¡A mí no me han dicho nada de eso! ¡Yo quiero seguir vivo!

Sam – No vamos a juzgar a nadie.

Fred – Entonces, ¿qué estamos haciendo aquí?

Alex – Nos dijeron que nos habían elegido por sorteo para formar parte de un jurado en un juicio penal.

Sam – Les dijimos que formarían parte de un jurado. No de un jurado en un juicio penal.

Fred – ¿Qué tipo de jurado, entonces?

Max – Desde luego, no será el jurado de Miss Universo...

Vuelve a sonar el móvil de Sam. Contesta.

Sam – Sam... Sí... Vale, voy para allá... *(Se guarda el móvil en el bolsillo.)* Disculpen, vuelvo enseguida...

Sale. Los otros tres se observan con recelo y miran a su alrededor.

Fred – Esto es un poco cutre para ser un tribunal, ¿no?

Max – No sé... Un tribunal... Nunca he estado en ninguno. ¿Y usted?

Fred – Yo tampoco...

Alex – ¿Dónde ha encontrado algo para beber?

Max – En el minibar. Sírvase, si quiere...

Alex – Prefiero esperar... Antes quiero saber cuánto cobran por el servicio de habitaciones...

Max – ¿Cree que hay que pagar?

Alex – Por si acaso.

Fred – Usted llegó antes que nosotros. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

Max – Ni cinco minutos. Así que estamos igual: usted tampoco sabe nada.

Fred – No.

Alex – Incluso confiscaron nuestros teléfonos. Estamos completamente aislados del mundo.

Fred – Si esta mañana, al salir de casa, hubiera sabido en qué lío iba a acabar metida...

Max – ¿De dónde es usted?

Se miran de nuevo con recelo.

Alex – La pregunta no es realmente de dónde venimos, sino dónde estamos.

Fred – ¿Y qué estamos haciendo aquí?

Max – Por lo visto, nos han elegido por sorteo.

Alex – Sí... Para un jurado penal. Pero acaba de decirnos que no estamos aquí para juzgar a nadie. Así que tenemos motivos para desconfiar de lo que nos cuentan.

Fred saca un papel del bolsillo y lo examina.

Fred – Es verdad que en la citación no pone expresamente que se trate de un jurado penal...

Max – Sí... pero eso es lo que todos entendimos.

Fred – Un documento con membrete oficial, una citación para acudir a una comisaría y formar parte de un jurado... Cualquiera habría entendido lo mismo.

Max – Además, un jurado de un juicio penal no está formado solo por tres personas, ¿no?

Alex – Creo que son doce.

Fred – Ah, claro. Como en la película.

Max – ¿Qué película?

Alex – Doce hombres sin piedad.

Fred – Esa. Tienen que decidir si condenan a muerte a un joven acusado de asesinato que podría ser inocente.

Max – No la conozco...

Alex – Y, como era de esperar, el acusado es negro.

Fred – No. Es un chico pobre de dieciocho años.

Max – ¿Usted lo habría condenado?

Fred – No sé... Primero hay que conocer el caso, ¿no?

Max – Yo estoy a favor de la pena de muerte.

Alex – ¿Incluso para los inocentes?

Max – ¿Inocentes? Si les haces caso, todos los desgraciados que están en la cárcel son inocentes.

Alex – Bueno... Esto promete...

Silencio incómodo.

Max – ¿Doce, seguro?

Fred – A lo mejor vienen más...

Alex – De todas formas, lo han oído. Ha dicho que no estamos aquí para eso.

Max – Si no es para un juicio, ¿para qué es?

Fred *(En voz baja, señalando al público)* – ¿Y ellos saben por qué están aquí?

Max – Ya se lo he preguntado. Parece que tampoco tienen ni idea...

Fred – Pues habrá que esperar... *(Silencio.)* Si vamos a pasar un rato juntos, será mejor presentarnos. Yo me llamo Fred. ¿Y ustedes?

Max – Max.

Alex – Alex.

Nuevo silencio incómodo.

Fred – Al final sí que tengo sed. ¿Alguien quiere algo?

Alex – No, gracias.

Fred abre la nevera y toma una lata.

Max – Espero que no nos retengan mucho tiempo, porque tengo cosas que hacer. Y si no trabajo, no cobro.

Alex – ¿A qué se dedica?

Max – Soy camarero. En un bar. Ya bastante tenemos con no poder abrir por la noche... ¿Y usted?

Alex – Música.

Max – Ah, ya...

Alex – ¿Cómo que «ah, ya»?

Max – Supongo que para usted tampoco será fácil.

Alex – No...

Max – Hace mucho que no se celebran conciertos...

Alex – Intentamos grabar un disco y distribuirlo por internet.

Max – Entiendo... ¿Y usted?

Fred – Maestra de primaria.

Max – Vamos, que estamos todos en la misma mierda. Porque hablarles a los críos a través de una mascarilla...

Fred – Ya...

Max – No tiene que ser fácil. Sobre todo cuando hay que gritarles. ¿No tiene la sensación de llevar un bozal?

Fred – Un poco, sí...

Max – Camarero, maestra, música... Es curioso. Antes eran trabajos muy distintos. Ahora estamos todos en el mismo barco.

Alex – Ya estábamos en el mismo barco antes, ¿no?

Max – ¿Qué?

Alex – Que ya estábamos en el mismo barco.

Max – Sí... Pero ahora, para poder remar, tenemos que llevar mascarilla.

Alex – Y cuando terminamos de remar, con el toque de queda, tenemos que volver directamente a casa y no salir hasta la mañana siguiente. Del trabajo a casa y de casa al trabajo... No solo a los maestros les han puesto un bozal...

Max – Sí... Ya no podemos quedarnos en el bar charlando con los amigos.

Alex – Ni siquiera pararnos delante de casa a hablar con los vecinos...

Max – Nosotros trabajábamos sobre todo por la noche. La facturación ha caído a la mitad. Y las propinas, ni le cuento...

Fred – Tampoco es el fin del mundo. Algo habrá que hacer para frenar esto.

Alex – No es el fin del mundo, no. Es el fin de un mundo. Y no sé si quiero vivir en el que pretenden imponernos con la excusa de protegernos.

Fred – Si tiene una solución mejor...

Alex – ¿Dejar de vivir para no morir? ¿Esa es la solución?

Max – De momento nos tienen aquí como rehenes. No sabemos dónde estamos y nuestras familias tampoco saben dónde encontrarnos.

Fred – ¿Está usted casado?

Max – No, pero podría estarlo. ¿Y usted?

Fred – Tampoco.

Alex – Ninguno de los tres está casado. Al menos tenemos algo en común.

Fred – Tal vez nos eligieron para eso.

Max – ¿Para que nuestros cónyuges no se preocupen por nuestra desaparición?

Alex – Creía que nos habían elegido por sorteo.

Un tiempo.

Fred – Tengo un gato.

Alex – ¿Perdón?

Fred – Tengo un gato esperándome en casa.

Alex – ¿Y le preocupa que se inquiete?

Max – Mientras les des de comer, a los gatos...

Fred – Precisamente. Solo le he dejado comida para uno o dos días. No pensé que pudieran retenernos varios días seguidos. Y no he traído nada de ropa ni de aseo. Ni siquiera un cepillo de dientes.

Alex – ¿Cree que vamos a dormir aquí?

Un tiempo.

Max – Bueno, estoy harto, yo me largo...

Fred – No estoy segura de que tengamos derecho a salir.

Alex – ¿Derecho?

Max – En cualquier caso, voy a salir a fumar un cigarrillo y a ver si averiguo dónde estamos.

Se dirige hacia las bambalinas.

Alex – ¿Qué le parece todo esto?

Fred – El tipo de antes dijo que iba a volver.

Alex – Ah, sí... Sam...

Fred – ¿Sam?

Alex – ¡El policía! El que nos ha traído. Se llama así, ¿no? Al contestar al teléfono ha dicho «Sam».

Fred – Ah, sí, tal vez.

Alex – De todos modos, probablemente ese no sea su verdadero nombre.

Fred – ¿Cree que era policía?

Alex – Eso espero... Porque, si no es policía...

Fred – ¿Quiere decir que podrían habernos secuestrado?

Alex – No lo sé.

Fred – Pero ¿por qué iban a secuestrarnos?

Alex – Puede que sea un agente de los servicios de seguridad del Estado, o algo parecido.

Fred – Acabarán por decirnos qué estamos haciendo aquí y qué se espera de nosotros.

Alex – Sí... Claro...

Max regresa.

Fred – ¿Qué pasa?

Max – Estamos encerrados.

Alex – ¿Qué?

Max – Solo hay una puerta. Está cerrada con llave. Y es una puerta blindada.

Alex – Así que está claro. Nos tienen prisioneros.

Todos digieren esta información.

Fred – Tal vez sea para protegernos...

Max – ¿Protegernos? ¿De qué?

Fred – No lo sé.

Sam regresa.

Sam – Bien, podemos empezar...

Alex – Para empezar, ¿por qué no nos explica por qué estamos encerrados con llave?

Sam – Se lo explicaré todo. Pero primero, permítanme que me presente. Me llamo Sam y soy asesor especial del presidente...

Fred – ¿Del presidente? ¿Del presidente del tribunal?

Sam – No... Del presidente. Del presidente del país.

Asombro general.

Max – ¿Del presidente del país?

Sam – Su asesor especial, sí. Es decir, uno de ellos. Como se pueden imaginar, hay varios.

Alex – ¿Pero qué historia es esta?

Fred – Es una broma.

Sam – Esto no es una broma. Y si quieren dejarme hablar, se lo explicaré todo.

Max – He intentado salir y la puerta está cerrada. Podría empezar por explicarnos eso.

Alex – ¿Nos tienen aquí retenidos contra nuestra voluntad? Porque, si es así, es totalmente ilegal y exijo hablar con un abogado.

Sam – Solo les pido un poco de paciencia. Tenemos que resolver un asunto muy importante. Y, mientras tanto, nadie puede salir de aquí.

Alex – ¿Y si me empeño en salir?

Ella da un paso adelante.

Sam – No se lo recomiendo.

El tono de Sam no admite réplica. Aparta oportunamente un lado de la chaqueta y deja ver por primera vez la pistola que lleva a la cintura.

Fred – ¿Está armado?

Alex – ¿Y nos está amenazando?

Sam – Llevo un arma, sí. Pero es principalmente para protegerlos.

Max – Ya... Para protegernos de nosotros mismos... Esa historia ya nos la sabemos...

Vuelve a sonar el móvil de Sam.

Sam – Perdónenme... *(Al teléfono)* No, no, todo va bien... Tengo la situación controlada, se lo aseguro... Sí, por supuesto... Claro...

Sale.

Alex – Estoy segura de que nos están grabando.

Fred – ¿Para una película? ¿Una cámara oculta, un programa de televisión?

Alex – ¡Nos están grabando! ¡Con cámaras de vigilancia! Ya lo han visto. He hecho como que iba a salir por la fuerza y enseguida le han ofrecido refuerzos.

Silencio.

Fred – El asesor del presidente del país...

Max – Esto es una locura.

Alex – Si es verdad, se trata de un asunto de Estado y estamos en manos de una policía paralela que quizá actúe al margen de la ley.

Max – ¿Pero qué tenemos que ver nosotros con esto? ¡No somos terroristas! Bueno, yo no, en cualquier caso...

Fred – Esto es una pesadilla. Vamos a despertar de un momento a otro.

Alex – Hay pesadillas de las que más vale no despertar.

Max – ¿Qué quiere decir?

Alex – ¿Con qué sueña un condenado a muerte la víspera de su ejecución? Aunque tenga una pesadilla, ¿no preferirá seguir durmiendo antes que despertar en su celda y oír al verdugo afilar la hoja de la guillotina en la habitación de al lado?

Fred – Gracias por animarnos...

Alex – Lo siento, no soy optimista por naturaleza.

Max – Sí, nos habíamos dado cuenta.

Alex – ¿Pero no creen que el mundo en el que vivimos ya es una pesadilla?

Fred – Está exagerando un poco, ¿no le parece?...

Alex – Lo dice porque, como yo, vive en una situación relativamente privilegiada. ¿Y si viviera en Irak o en la Franja de Gaza?

Fred – Está claro que no todo el mundo tiene la misma suerte.

Alex – Incluso en nuestro país, no es lo mismo vivir en un barrio de lujo que en uno de los más pobres, ¿no?

Max – Y aunque no vivas en un barrio pobre... Con todo lo que está pasando, ya nada es como antes...

Alex – Ya ni nos damos cuenta, porque fue poco a poco. Pero si miramos diez años atrás...

Max – Pues no le falta razón... Con todos los extranjeros que acogemos en nuestro país. Refugiados políticos, económicos, climáticos... Y luego nos sorprendemos cuando llegan enfermedades nuevas...

Alex – Yo no hablaba de esas enfermedades. Hablaba de esta dictadura que nos van imponiendo poco a poco. Dentro de diez o veinte años, las nuevas generaciones no habrán conocido otra cosa, y seremos nosotros quienes parezcamos locos.

Fred – Perdonen que lo pregunte, pero... ¿alguien aquí tiene algo que reprocharse?

Alex – Ah, ya estamos... Ya hemos llegado a eso...

Fred – Estamos retenidos aquí en contra de nuestra voluntad. Está claro que esto se parece a un arresto. Debe haber un motivo.

Max – Y usted, por supuesto, no tiene nada que reprocharse.

Fred – Salvo un par de multas por exceso de velocidad de hace años, no se me ocurre nada. Tal vez sea un error judicial.

Max – Claro, un error judicial. En su caso, supongo. Porque a nosotros nos pregunta si tenemos algo que reprocharnos.

Fred – O quizá sea un asunto de terrorismo... En esos casos todo suele ser muy confuso y algunas investigaciones rozan la ilegalidad.

Alex – ¡Esto es de Kafka! Nos detienen sin motivo y dentro de poco tendremos que averiguar por nuestra cuenta de qué se supone que somos culpables...

Fred – En cualquier caso, pronto lo sabremos...

Sam regresa.

Sam – Bien... Prefiero advertirles que lo que voy a decirles no es fácil de oír. Más aún: resulta bastante difícil de creer. Sin embargo, es la pura verdad.

Max – Ya llevamos aquí un buen rato y nos gustaría volver a casa. Así que, si pudiera ahorrarnos el preámbulo...

Sam – Comprendo su impaciencia, así que iré al grano. Lo que tengo que anunciarles es... el fin del mundo.

Los otros tres se quedan paralizados.

Oscuro.

ACTO 2

Alex, Fred y Max están consternados, entre la incredulidad y la angustia. Sam permanece impasible.

Max – ¿El fin del mundo?

Alex – Precisamente estábamos hablando de eso antes de que llegara... Aunque no se lo crea, el mundo que conocíamos ya desapareció hace mucho.

Max – La mitad de la población está en paro. La gente acepta cualquier cosa con tal de cobrar un sueldo miserable.

Alex – La gente muere en los hospitales porque, al parecer, no hay camas suficientes. Y en lugar de construir hospitales, aumentan el presupuesto de la policía y del ejército.

Fred – Bueno, sí... Pero tampoco es el fin del mundo. Lo hacen por nuestro bien. Además, es provisional, ¿no?

Max – ¿Algo provisional que dura más de diez años? Yo lo llamo definitivo.

Alex – El estado de emergencia se ha convertido en la norma, el toque de queda es permanente y han ido suspendiendo todas las libertades públicas...

Max – Y ya ni siquiera podemos emborracharnos con los amigos en un bar para olvidarnos de todo.

Fred – Pero, Sam... ¿Es eso lo que llama el fin del mundo?

Sam – No, señora, por desgracia. Hablo de la destrucción total de nuestro planeta.

Alex – ¿Destrucción total? ¿Quiere decir... una guerra nuclear?

Sam – No, no una guerra nuclear.

Fred – ¿Entonces qué? ¿La contaminación, el calentamiento global, la subida del nivel del mar, todo eso...?

Max – Llevan años dándonos la lata con eso. No es algo que vaya a pasar mañana, ¿verdad? ¿Nos han traído con los ojos vendados solo para hablar de ello?

Sam – Tampoco se trata de un deterioro progresivo de las condiciones de vida en nuestro planeta. Hablo del fin de la vida en la Tierra. Y en un futuro muy próximo.

Silencio.

Fred – Explíquese.

Sam – Como saben, cada año miles de cuerpos celestes de distintos tamaños chocan con nuestro planeta. La mayoría son tan pequeños que se desintegran por completo al entrar en la atmósfera. Algunos, algo mayores, provocan daños leves. Otros son lo bastante grandes como para causar una catástrofe.

Fred – Pero para eso tendría que chocar contra la Tierra un asteroide enorme, ¿no?

Sam – No necesariamente, por desgracia. A partir de unos cientos de metros de diámetro, el fin de la vida en la Tierra ya no es una posibilidad, sino una certeza.

Silencio.

Alex – ¿Y bien?

Sam – Hace años, los científicos detectaron un asteroide gigantesco que se dirigía directamente hacia la Tierra. Han ido afinando los cálculos a medida que se acercaba y ahora la colisión es segura.

Fred – ¿De qué tamaño?

Sam – Mil kilómetros de diámetro.

Silencio.

Max – ¿Y no podemos hacer nada para evitarlo? Qué sé yo... Lanzar una bomba nuclear contra el asteroide para partirlo en pedazos...

Fred – ¿Un rayo láser para desviar ligeramente su trayectoria?

Sam – Quizá en las películas de ciencia ficción... O con un objeto mucho más pequeño, de un kilómetro como máximo. Y ni siquiera se ha intentado nunca. Pero estamos hablando de un monstruo de mil kilómetros de diámetro, tan grande como un país entero. No existe en la Tierra tecnología capaz de desviar lo más mínimo su trayectoria...

Silencio.

Max – Es una broma...

Sam – Ojalá pudiera decir que sí, se lo aseguro. Yo también tengo familia. Una mujer. Hijos... Tengo miedo de perderlos. Y, como ustedes, tengo miedo de morir.

Fred – Pero ¿cómo es posible que no hayamos oído hablar de esto hasta hoy? Una información así no puede mantenerse en secreto. La prensa habría dicho algo...

Alex – ¿La prensa? Le recuerdo que hace mucho renunciamos a la libertad de prensa. Ha vuelto la censura previa. ¡Hasta tenemos otra vez un Ministerio de Información, como en las antiguas dictaduras!

Sam – Precisamente por las consecuencias trágicas e inevitables de la colisión, los gobiernos pidieron a los científicos de todo el mundo que mantuvieran la noticia en secreto para evitar el pánico.

Fred – ¿Y todos aceptaron callarse?

Sam – A los que no aceptaron los obligaron.

Max – ¿Quiere decir que fueron encarcelados?

Alex – O ejecutados...

Sam – La mayoría comprendió por sí sola que no tenía sentido sembrar el pánico, ya que de todas formas no hay salida.

Max – Me suena haber leído algo sobre esto hace años.

Sam – Se filtró alguna información, sí. Nos encargamos de presentarla como noticias falsas. Estas especulaciones surgen cada vez que la prensa no tiene otra cosa de la que hablar. Normalmente la probabilidad de impacto es mínima o falta muchísimo tiempo.

Fred – ¿Y en este caso, cuánto falta?

Sam – Un mes.

Silencio.

Fred – ¿Y está seguro?

Sam – Nunca se puede estar seguro al cien por cien, pero en estos momentos la probabilidad es del 99,99 %. Es prácticamente una certeza.

Un tiempo.

Alex – ¿Y si no le creemos?

Sam – ¿Qué interés tendríamos en mentirles?

Alex – Ya llevan años mintiéndonos, ¿no? Por ejemplo, sobre aquella pandemia que sufrimos hace tiempo. La aprovecharon para instaurar una dictadura que, para colmo, cuenta con el apoyo de la mitad de la población.

Sam – Fuimos elegidos democráticamente.

Alex – Sí, eso es precisamente lo que decía... La democracia... La gente es como un rebaño de ovejas. Basta con prometerles protección para que sigan a cualquier pastor y obedezcan a sus perros. Mientras el camino parezca seguro y las defiendan de los lobos, prefieren olvidar que al final las espera el matadero.

Silencio.

Sam – Voy a confesarles algo más para demostrarles que soy sincero...

Max – Me temo lo peor...

Sam – Aquella pandemia fue real al principio. Pero sí, exageramos un poco sus consecuencias para justificar la implantación gradual de un régimen de excepción.

Fred – Pero... ¿por qué?

Sam – Los científicos ya nos habían alertado de la inminencia de este apocalipsis. Era una forma de preparar poco a poco a la población para medidas mucho más radicales. No para evitar la amenaza, porque desgraciadamente es inevitable, sino para impedir el caos que habría precedido al fin del mundo si lo hubiéramos anunciado.

Alex – O sea, que reconoce que nos manipularon.

Sam – Sí, pero no por las razones que ustedes creían.

Max – Y todo por nuestro bien, naturalmente.

Silencio.

Fred – Admitamos que le creemos. ¿Por qué avisarnos ahora?

Max – ¿Y por qué a nosotros? A los tres. ¿Por qué nos han elegido?

Alex – ¡No somos científicos! ¡No tenemos ningún poder! ¡No podemos hacer milagros por ustedes!

Sam – Desafortunadamente, ya no buscamos soluciones. Porque no las hay.

Max – Entonces, ¿qué hacemos aquí en vez de aprovechar el mes de vida que nos queda?

Sam – Si los hemos traído aquí es para... *(Suena el móvil.)* Disculpen. *(Contesta.)* Sí, señor presidente...

Sale. Los demás permanecen en silencio por un momento.

Max – ¿Ustedes se creen todo esto?

Alex – Ya no sé qué pensar... ¿Y usted?

Fred – ¿Por qué iban a contarnos algo así si no fuera verdad?

Max – A no ser que sea un juego...

Fred – ¿Un juego?

Max – Parece un juego de escape, ¿no?

Fred – ¿Un qué?

Alex – ¡Un juego de escape! Encierran a varias personas en una habitación y tienen que encontrar juntas la solución para salir.

Max – Solo que aquí la habitación donde estamos encerrados es la Tierra y, por lo visto, no hay manera de escapar.

Alex – Ya podrían dejarnos salir de esta habitación, por lo menos...

Silencio. Fred termina su lata y no sabe qué hacer con ella.

Fred – No he visto ningún contenedor para reciclar...

Max – ¿Y qué demonios nos importa reciclar las latas si vamos a morir todos dentro de un mes?

Fred – Sí, claro...

Max – ¡Llevamos años separando la basura para salvar el planeta y ahora nos dicen que el mundo se acaba dentro de un mes! ¡Pues vaya pérdida de tiempo!

Fred – ¿De verdad cree que esa es la cuestión?

Max – Ah, sí, claro, perdone. Usted es muy lista. Como es maestra... Entonces, ¿cuál es la cuestión, según usted?

Alex – Eso es precisamente lo que nos gustaría saber. Al parecer, se supone que tenemos que responder a ella.

Sam regresa.

Sam – Disculpen... ¿Por dónde íbamos?

Max – ¡Por qué demonios estamos aquí! ¡Por ahí íbamos!

Fred – ¿Qué es exactamente lo que quiere de nosotros? Si podemos ser de ayuda, estaríamos totalmente dispuestos a colaborar.

Max – Que conste que no tenemos nada contra la policía...

Alex – Hable por usted...

Sam – Escuchen... Todos estamos en el mismo barco. Solo que ese barco no se llama Titanic, sino Tierra. Sabemos que dentro de un mes chocará contra un gigantesco iceberg, no podemos evitarlo, no hay botes salvavidas ni otro barco que venga a rescatarnos. Así que no habrá supervivientes.

Alex – ¿Y por qué nos revela a nosotros tres ese supuesto secreto de Estado que llevan ocultándole al mundo por lo menos diez años?

Max – Eso digo yo. Nosotros no le hemos preguntado nada.

Alex – Llevan años mintiéndonos sobre todo. También podrían habernos ocultado esto.

Fred – Ha llegado el momento de decirnos por qué estamos aquí.

Sam – Están aquí para darnos su opinión. Queremos saber cuál es la mejor forma de afrontar el último mes antes del fin del mundo.

Alex – ¡Lo que nos faltaba! Llevan más de diez años decidiéndolo todo por nosotros. Y ahora que vamos a morir todos, ¿tenemos que encargarnos de gestionar el final de la humanidad? Supongo que también nos tocará pagar el entierro.

Max – Pero ¿cuánto tiempo vamos a tener que seguir encerrados aquí?

Fred – Si vamos a morir, al menos nos gustaría volver a ver a las personas que amamos, y pasar con ellas el tiempo que nos queda de vida.

Max – ¡No pretenderán tenernos encerrados hasta el fin del mundo!

Sam – Tranquilos, no los retendremos mucho. En estas circunstancias, además, el tiempo apremia. Tienen una hora para decidir.

Alex – ¿Decidir? ¿Ahora resulta que decidimos nosotros?

Sam – Digamos que su opinión se tendrá en cuenta y será determinante.

Max – ¿Pero decidir qué, exactamente?

Sam – Decidir si debemos informar a la población de la inminencia del fin del mundo.

Alex – ¿Y nosotros decidiremos por todos?

Sam – Han sido elegidos al azar. Representarán... la voz del pueblo.

Fred – ¿La voz del pueblo? ¿Nosotros tres?

Sam – Ustedes serán los únicos que intervengan en el debate, pero un grupo más amplio y representativo de ciudadanos escuchará sus argumentos y votará.

Max – ¿Y dónde está ese grupo de ciudadanos?

Sam señala al público.

Sam – Ahí enfrente.

Asombro general.

Fred – ¿No...?

Alex – Así que ellos también están aquí contra su voluntad...

Sam – Los hemos traído con el pretexto de asistir a un espectáculo. Tampoco podrán salir de esta sala hasta que tomemos una decisión.

Fred – Y, como nosotros, están aislados del mundo.

Sam – Durante una hora, sí. Las puertas están cerradas y les han pedido que apaguen los móviles. Nos hemos reunido todos para decidir qué hacer con el tiempo que nos queda antes del fin del mundo.

Un tiempo.

Fred – Es una gran responsabilidad...

Sam – Efectivamente.

Alex – ¿Y nuestro país va a decidir por el mundo entero?

Sam – Habrá reuniones como esta en distintos lugares del planeta. Se reunirán los resultados y se tendrá en cuenta la opinión de la mayoría.

Alex – ¿Y usted?

Sam – ¿Yo?

Alex – ¿También va a participar en el debate?

Sam – Mi función es únicamente recoger sus opiniones.

Silencio.

Fred – Bueno... ¿Puede repetirnos la pregunta?

Alex – Y acabemos de una vez...

Sam – La cuestión es la siguiente: ¿debemos advertir a la población, aunque corramos el riesgo de provocar el pánico, o dejarla en la ignorancia para no preocuparla inútilmente? Eso es lo que tenemos que decidir. Estamos aquí para escuchar los argumentos de cada uno.

Silencio.

Alex – Yo estoy a favor de la transparencia. Siempre. Sean cuales sean las consecuencias. El pueblo tiene derecho a saber.

Max – Si solo nos queda un mes de vida, más vale pasarlo de vacaciones que trabajando.

Alex – Un mes. Podemos tomarlo como la liquidación definitiva de los días de vacaciones que nos quedaban...

Fred parece absorta en sus pensamientos. Sam se dirige a ella.

Sam – Y usted, ¿qué piensa?

Fred – No consigo pensar... Solo tengo miedo... ¿Me permite que me tome una pastilla?

Saca una pastilla del bolso y se la traga.

Sam – ¿Quiere un vaso de agua?

Oscuro.

ACTO 3

Fred se va recuperando. Alex y Max intentan mantener el tipo. Sam permanece imperturbable.

Sam – Es perfectamente normal tener miedo, señora. Yo también lo tengo. Todos lo tenemos. Todos los que conocemos la situación, al menos. Pero estamos aquí para tomar una decisión y necesitamos escuchar lo que tenga que decir.

Pausa, mientras Fred intenta ordenar sus ideas.

Fred – No decir nada... Es como ocultarle a alguien que va a morir para evitarle sufrimiento. Si yo tuviera una enfermedad incurable y solo me quedara un mes de vida, creo que preferiría saberlo. Para aprovechar de verdad mis últimos momentos, hacer balance, poner mis asuntos en orden... En fin, concentrarme en lo esencial.

Sam – Naturalmente, es lo primero que se nos ocurre. Y es un argumento perfectamente válido...

Alex – Me huelo un «pero»...

Sam – Pero, por otra parte, usted misma lo ha dicho: tiene miedo... La perspectiva de morir con toda seguridad en una fecha concreta la aterroriza. Quizá habría preferido no saberlo...

Fred – Tal vez...

Sam – Y además... Volviendo a su comparación, alguien que tiene cáncer y al que le quedan unas pocas semanas de vida es un caso individual. Reaccione como reaccione a la noticia, no va a alterar el orden mundial. Aquí hablamos de toda la población del planeta...

Alex – Nos dijo que estaba aquí únicamente para recoger nuestras opiniones y ya está intentando influir en nosotros.

Sam – Yo no votaré. Mi función es moderar el debate para que se consideren todos los aspectos del problema y la decisión se tome con conocimiento de causa.

Fred – Lo escuchamos.

Sam – Pensemos un momento. Aunque una persona aislada, sabiendo que va a morir pronto y que ya no tiene nada que perder, decidiera matar a su jefe, violar a su vecina o atracar un banco, al final no pasaría de ser un suceso aislado.

Max – ¿Y qué?

Sam – Imaginen lo mismo a escala de toda la población del planeta. Ya nadie teme ir a la cárcel. Lo único que temen es morir, y eso no pueden evitarlo. Sería el caos...

Silencio.

Fred – Es un riesgo, desde luego... Si sabes que puedes hacer cualquier cosa impunemente porque vas a morir dentro de un mes...

Max – Está claro. La anarquía total.

Alex – Sin embargo, nunca he visto a un paciente al que acaban de anunciar que le queda poco de vida correr a casa de un vecino con el que está enemistado para clavarle un picahielos por la espalda.

Max – Quizá porque un enfermo terminal está demasiado débil para hacerlo. Pero si hablamos de toda una población que goza de buena salud...

Sam – Me temo que tiene razón. Todos los pilares del orden social se derrumbarían de golpe. La policía, la justicia... Es posible que dejara de respetarse cualquier ley.

Fred – Quedaría la moral. Y, para algunos, la religión.

Sam – ¿Cree de verdad que los buenos sentimientos bastarán para hacer respetar la ley cuando desaparezca el miedo al castigo, ante la certeza de una muerte colectiva inminente?

Alex – Aunque sepamos que vamos a morir, nos queda un fondo de humanidad. Más aún que a la muerte, tenemos miedo a perder el alma.

Max – No todo el mundo cree en Dios. ¿Usted cree?

Alex – No. Pero todos tememos, más que a Dios, al diablo. Tenemos tanto miedo de arder en el infierno como de convertirnos en quienes avivan sus llamas. La mayoría no quiere estar ni entre las víctimas ni entre los verdugos.

Sam – A veces no podemos elegir no elegir... En los campos de exterminio se ofrecía a algunos prisioneros trabajar para los verdugos. La mayoría aceptaba. Para salvar el pellejo y sobrevivir unas semanas más, con la esperanza de salir de allí con vida...

Alex – Algunos salieron, pero dejaron allí el alma... ¿Se imagina la vida de quienes sobrevivieron pagando ese precio?

Max – De todos modos, aquí se nos dice que no tenemos ninguna posibilidad de salir con vida.

Fred – Mientras hay vida, hay esperanza. Hasta el último momento, un condenado a muerte espera el indulto presidencial, aunque esté convencido de que no llegará.

Max – Siempre cabe esperar un milagro, claro...

Fred – No se puede vivir sin esperanza, incluso cuando lo peor es casi seguro. Cuando ya no nos queda esperanza, es como si estuviéramos muertos. Yo conservaré un poco hasta el último instante...

Un tiempo.

Max – Sí... Bueno, la verdad es que yo... Si solo me quedara un mes de vida y estuviera seguro de que después no tendría que rendir cuentas, a un par de personas sí que me las cargaría... Empezando por mi cuñado.

Fred – Creía que usted no estaba casado...

Max – ¡Mi cuñado! ¡El marido de mi hermana!

Fred – No se enfade... Era solo un comentario.

Alex – Pero ¿merece la pena matar a alguien que va a morirse dentro de un mes?

Max – Por placer, entonces...

Sam – Eso es... Ya ha salido la palabra... Placer...

Fred – Eros y Tánatos...

Sam – Cualquier psicoanalista les dirá que el miedo a la muerte y el deseo sexual están estrechamente relacionados.

Max – ¡Eh, que yo solo he dicho que quería cargarme a mi cuñado! ¡No que quisiera acostarme con él!

Alex – Eros y Tánatos... Están delirando... Al final van a decirnos que el fin del mundo culminará en un orgasmo colectivo gigantesco.

Sam – Yo pensaba más bien en un estallido de violencia contra los más débiles. Las mujeres, los niños... La certeza de una muerte próxima podría desatar los peores instintos del ser humano.

Alex – Todo eso son fantasías... Ustedes conocen a sus vecinos. ¿De verdad creen que, si supieran que van a morir dentro de un mes, mañana entrarían en sus casas para violarlos y matarlos?

Fred – No lo sé... Mis vecinos, desde luego que no.

Max – ¿Y los vecinos de sus vecinos?

Fred – Ya... Y los vecinos de los vecinos de los vecinos... Los que viven al otro lado de la circunvalación o de la frontera... Los habitantes de los suburbios, los extranjeros...

Max – Los habitantes de los suburbios, los extranjeros... Muchas veces son los mismos...

Alex – Ya veo...

Max – Y hasta su propio vecino... Todas esas pequeñas guarradas que hace cuando usted no mira... Como echar su basura en el cubo que usted tiene en la puerta para no tener que sacar el suyo... O espiarla desde su ventana mientras usted se ducha y se olvida de correr las cortinas.

Alex – Se diría que habla por experiencia...

Max – Váyase a la mierda.

Fred – Vamos, un poco de educación.

Sam – Volvamos a lo que nos ocupa. Es imposible saberlo, naturalmente. Pero el orden social se basa, ante todo, en la amenaza del castigo: la cárcel o, sencillamente, la vergüenza de que una conducta indebida sea condenada por la familia, los vecinos y la sociedad. Eliminen ese freno y podremos temer lo peor.

Fred – Tiene razón. Imperará la ley de la selva, es decir, la ley del más fuerte. Y los débiles serán sus víctimas.

Alex – Siempre les quedará el ejército, ¿no?

Sam – Los militares también son seres humanos. Obedecen órdenes porque deben hacerlo y para cobrar su sueldo. En el mejor de los casos, por sentido del deber y para proteger a la sociedad. Pero si esa sociedad está condenada a desaparecer muy pronto, ¿cree que seguirán dispuestos a arriesgar la vida para mantener el orden?

Max – Así que usted cree que es mejor ocultar la verdad.

Sam – No lo sé... La verdadera cuestión es si al decir la verdad no convertiremos el último mes de la historia de la humanidad en un infierno.

Alex – ¡Pero no somos niños! ¡El pueblo tiene derecho a saber! ¿Para mantener el orden a cualquier precio hasta el último momento debemos dejar a la humanidad en la ignorancia de su propia desaparición?

Sam – No se trata solo de mantener el orden, tiene razón. También es una cuestión ética. Por eso es tan importante debatirlo.

Alex – Quieren proteger a la población del miedo al apocalipsis y del caos que podría precederlo... Muy bien. Pero si todos vamos a morir, ¿qué cambia al final? Yo prefiero saberlo...

Max – Además, supongo que llegará un momento en que será imposible ocultar la verdad, ¿no? Cuando ese asteroide se acerque a la Tierra...

Sam – Esa bomba de relojería se precipita hacia nosotros a una velocidad vertiginosa. Aunque sea lo bastante grande para destruirnos, no tiene ni mucho menos el tamaño de un planeta. Según los científicos, veinticuatro horas antes del impacto todavía no será visible a simple vista.

Alex – Con el pretexto de protegernos del terrorismo y de toda clase de epidemias, nos han impuesto una militarización de la sociedad basada en tratar a la población como a niños. Como la gente tiene miedo de todo, está dispuesta a aceptar cualquier cosa. Primero nos pusieron una mordaza en la boca; ahora pretenden vendarnos los ojos para que no veamos la muerte de frente.

Sam – Yo tampoco tengo certezas. Estamos aquí para discutirlo. Y para tomar una decisión... ¿Qué opinan los demás?

Max – No lo sé...

Fred – Ya no sé qué pensar. De acuerdo, no somos niños. Pero precisamente... ¿Qué les vamos a decir a los niños de verdad?

Max – Es cierto. ¿Podemos ocultárselo a los niños si sus padres saben la verdad?

Fred – ¿Y a partir de qué edad habría que contárselo?

Sam – Ahora entienden que no es tan simple...

Alex – De acuerdo, pero ocultar la verdad es también una decisión de una élite, ¿no?

Max – Explíquese.

Alex – Exceptuándonos a nosotros y a los que están en esta sala, si al final deciden ocultar la verdad, solo lo sabrán unos cuantos privilegiados. El pueblo seguirá sin enterarse de nada. Continuará con su vida de mierda como si no pasara nada mientras esa élite se prepara para el gran final, divirtiéndose o rezando, según le apetezca.

Sam – Es un argumento que merece discutirse.

Alex – Ustedes dan por hecho que el pueblo sumiría el mundo en el caos si se enterara, mientras que la élite mantendría la calma y disfrutaría tranquilamente de sus últimos momentos. ¿Por qué? ¿Porque es más responsable?

Sam – No lo sé...

Alex – Porque la élite ya lo tiene todo. Y, por lo tanto, tiene mucho que perder si el anuncio del fin del mundo provoca el caos. El pueblo, en cambio, no tiene nada. No tiene nada que perder. ¿Qué temen exactamente? ¿Que los trenes dejen de llegar puntuales? ¿Que los obreros no vayan a fichar a la fábrica? ¿Que saqueen las tiendas? ¿Un desplome de la bolsa? ¿Eso es lo que más les preocupa? ¿Que todo siga igual hasta la explosión final?

Silencio.

Sam – Comprendo sus argumentos y todos son respetables. Pero tenemos que tomar una decisión. Díganme, ustedes tres, si hubieran podido elegir, ¿habrían preferido saberlo o no?

Fred – Me gustaría poder contestarle, pero sinceramente... no lo sé.

Max – Para nosotros, en cualquier caso, ya es tarde. No nos han dado a elegir.

Fred – Yo, después de todo... creo que habría preferido no saberlo.

Alex – A no ser que todo esto sea otra sarta de mentiras. Para someternos todavía más.

Sam – En cualquier caso, dentro de exactamente un mes sabrán si les hemos mentido o no. Mientras tanto, ya que están aquí, si les sirve de consuelo, consideren todo esto un ejercicio teórico. En el fondo, eso no cambia el debate.

Fred – Yo creo que sí. La respuesta que daría cada uno de nosotros sería distinta si se tratara de una pregunta puramente teórica.

Alex – ¿Usted cree?

Fred – Si la pregunta fuera solo teórica, tenderíamos a razonar, como usted, partiendo de un mundo ideal en el que la mayoría seguiría comportándose como buenos ciudadanos hasta el final. Pero si todo esto fuera real... ¿De verdad está dispuesta a apostar por la bondad de la naturaleza humana? ¿Y por la supuesta benevolencia de esa abstracción que llama «el pueblo»?

Max – Tiene razón. ¿De verdad cree que la gente del pueblo es, por naturaleza, mejor que los privilegiados que nos explotan y los sinvergüenzas que nos gobiernan?

Alex – No lo sé...

Fred – Todos los seres humanos se parecen, sobre todo en lo peor. Algunos tienen la suerte de nacer en el lado bueno de la circunvalación, nada más. Los demás solo sueñan con ocupar su lugar. No con derribar la barrera.

Un tiempo.

Fred – Es curioso. Todos sabemos que vamos a morir algún día. Tarde o temprano, dentro de veinte años o dentro de un mes. Pero mientras no conozcamos la fecha, vivimos como si fuéramos inmortales. O, al menos, sin esa sensación de urgencia.

Alex – Eso permite a quienes nos gobiernan hacernos tragar tantas cosas. Si la gente viviera como si fuera a morir dentro de unas semanas, no aceptaría todo lo que le hacen soportar.

Fred – Además, nuestra sociedad hace todo lo posible por ocultar la muerte y volverla abstracta. Todos moriremos, pero muchos no habremos visto jamás un cadáver. La muerte no es solo un tabú. Es un secreto de Estado.

Max – Y cuando nos amenazan con la muerte, solo lo hacen para controlar nuestras vidas. ¡Como si, al final, la muerte pudiera evitarse!

Sam – Todo eso ya pertenece al pasado. Más vale no entrar en un debate puramente filosófico. Estamos aquí para decidir. Sí o no. No hay término medio.

Max – No estamos preparados para tomar decisiones de este tipo. No somos especialistas.

Sam – Nadie está preparado para afrontar una situación como esta, que nunca se ha dado y que no volverá a darse. Porque dentro de un mes estaremos todos muertos...

Un tiempo.

Fred – Qué horror... Y pensar que he dejado a mi gato solo en casa. Él, por lo menos, no sospecha nada.

Max – No esté tan segura... Dicen que los animales tienen un sexto sentido para anticipar estas catástrofes...

Fred – Es verdad... En el último tsunami, por ejemplo, parece que...

Sam – El tiempo se acaba... ¿Alguien tiene algo más que añadir?

Fred – No.

Max – Yo tampoco.

Alex – Ya he dicho todo lo que tenía que decir.

Sam – Muy bien. Vamos a votar a mano alzada.

Alex – ¿Y usted?

Sam – Yo no votaré. Ustedes son tres, así que habrá una mayoría. No se admiten abstenciones.

Max – Muy bien, mejor que acabemos con esto.

Sam – Una última cosa. Si gana la opción del secreto, todos tendrán que respetarla. No podrán decir nada a nadie, ni siquiera a sus seres queridos. Sea cual sea su opinión personal.

Alex – ¿Y si hablamos de todos modos?

Sam – Esto no es ninguna broma, señora, y voy a ser muy claro. En ese caso, sabemos dónde encontrarlos para silenciarlos definitivamente.

Alex – Esa es su idea de la libertad de expresión y de la democracia...

Sam – No hay tiempo para seguir discutiendo. Vamos a votar. ¿Quién está a favor de decir la verdad?

Alex vacila y levanta la mano.

Sam – Un voto. ¿Quién está a favor de guardar el secreto?

Alex – Yo lo llamaría más bien mentira. Mentira de Estado.

Fred y Max levantan la mano.

Sam – Se aprueba guardar el secreto, por dos votos contra uno.

Alex – ¿Ya podemos largarnos?

Sam – Todavía no hemos terminado. También tiene que votar el público. Ha escuchado sus argumentos. Ahora le toca pronunciarse.

Alex – ¿El público?

Sam – Sí, el público. Quiero decir, los ciudadanos reunidos aquí. Señoras y señores... Que levanten la mano quienes estén a favor de decir la verdad a cualquier precio.

Parte del público levanta la mano.

Sam – ¿Quién está a favor de guardar el secreto?

Parte del público levanta la mano.

Sam – Hay mayoría a favor de la verdad *(o del secreto, según el resultado)*.

Alex – ¿Ya está? ¿Somos libres? Si todavía puedo usar esa palabra...

Sam – Enseguida vendrán a buscarlos para llevarlos a casa.

Max – Cuanto antes mejor...

Suena el móvil de Sam.

Sam – Disculpen.

Sale para contestar la llamada.

Fred – ¿Y así de sencillo?

Max – Sí...

Fred – Todos sabíamos que tendríamos que morir algún día. Lo que no imaginábamos era que moriríamos todos al mismo tiempo.

Alex – Ni que nos darían la fecha exacta con unas semanas de antelación.

Max – Un mes antes de echar el cierre definitivo.

Fred – A partir de ahora, cada día que pase equivaldrá a un año de nuestra vida.

Un tiempo.

Max – ¿Y cómo ha calculado eso exactamente?

Alex – Da igual... Quiere decir que ahora cada minuto cuenta.

Max – Ya... ¿Dónde les gustaría pasar su último día? ¿En la cama, bien acompañadas? ¿En la playa? ¿En una iglesia?

Alex – En el fondo, sea o no el último día, es una pregunta que deberíamos hacernos todas las mañanas, ¿no? ¿Qué queremos hacer con nuestra vida al levantarnos?

Max – La mayoría, cuando se levanta, se pregunta cómo va a seguir pagando la hipoteca hasta la jubilación. Suponiendo que llegue a jubilarse. Porque yo...

Sam regresa.

Sam – Lo siento, ha habido un cambio de órdenes.

Max – ¿Una contraorden?

Sam – El presidente considera demasiado peligroso dejarlos marchar antes de que se tome la decisión a escala mundial.

Alex – ¿Peligroso? ¿Y eso por qué?

Sam – Tememos que haya una filtración y que el rumor se propague de manera incontrolable.

Max – Si realmente es el fin del mundo, tarde o temprano la gente se enterará, ¿no?

Sam – Aunque acabemos decidiendo informar a la población, es importante preparar-la psicológicamente para el anuncio de la catástrofe.

Alex – ¿Y cómo se prepara uno psicológicamente para el fin del mundo? Me gustaría verlo...

Fred – ¿Así que estamos condenados a seguir aquí hasta que termine la consulta?

Max – ¿Y cuánto van a durar todavía todas estas chorradas?

Sam – Una semana, más o menos.

Max – ¡Una semana!

Fred – No es posible...

Sam – Lo siento, pero son las órdenes que he recibido.

Alex da un paso al frente.

Alex – ¿Y si nos empeñamos en salir?

Sam saca la pistola y apunta a Alex.

Sam – Quédese donde está.

Alex – No disparará.

Sam – Es verdad, en el mundo de antes seguramente no habría disparado. Pero le aseguro que ahora soy capaz de hacerlo.

Max – ¿Qué va a hacer? ¿Matarnos a los tres? *(Señalando al público)* ¿Y a ellos también?

Sam – Estoy esperando instrucciones... De momento, quédense aquí tranquilamente. Intenten relajarse. En la nevera también hay bebidas y cacahuetes... Luego les traerán la comida...

Sale.

Alex – Ya se lo dije, no se puede confiar en ellos.

Fred – Pero no se trata solo de nosotros.

Max – ¿Ahora los defiende?

Fred – No, pero entiendo su postura. Hay que evitar las decisiones precipitadas para que no se produzcan desórdenes.

Alex – ¿Desórdenes? ¡Estamos hablando de un asteroide que se va a estrellar contra la Tierra liberando una energía millones de veces superior a la bomba de Hiroshima! ¿Y a usted solo le preocupan unos pequeños desórdenes?

Fred – Hace como si no me entendiera. ¿De verdad quiere que este último mes en la Tierra sea un infierno? Sobre todo para los más débiles. Para los niños, por ejemplo...

Los argumentos parecen afectar visiblemente a Alex.

Alex – Muy bien. ¿Y qué propone? ¿Dejamos que nos sacrifiquen uno a uno como ovejas en el matadero?

Fred – No lo sé.

Max – Mientras él tenga la pistola, de todas formas...

Alex – Entonces, ¿qué hacemos?

Un tiempo.

Max – ¿Y si empezamos por tomarnos algo?

Sam regresa.

Sam – Hay novedades.

Alex – ¿Qué más?

Sam – Les advierto que esto tampoco va a resultar fácil de creer. A mí mismo me cuesta asimilarlo.

Max – Suéltelo de una vez...

Sam – Acabamos de recibir una señal extraterrestre...

Estupor general.

Oscuro.

ACTO 4

Alex, Fred y Max intentan recuperarse de la impresión mientras Sam permanece impasible.

Alex – ¿Una señal extraterrestre? ¿Está de broma?

Sam – Lo sé, parece increíble. Pero últimamente ya no hay nada que me sorprenda.

Alex – No me diga...

Sam – Sabemos que el fin de la vida en la Tierra es una posibilidad y que, tarde o temprano, será una certeza. Lo único que desconocemos es la fecha. Y, aun así, seguimos considerándolo ciencia ficción.

Fred – También sabemos que es extremadamente improbable que seamos la única forma de vida del universo. Y, sin embargo, seguimos tratando a los extraterrestres como algo propio de la ciencia ficción.

Max – ¿Y cómo se han puesto en contacto con ustedes? ¿Les han mandado una paloma mensajera?

Sam – Como saben, desde hace décadas existe un programa de investigación llamado SETI, dedicado a buscar posibles comunicaciones procedentes del espacio.

Fred – Eso demuestra que la idea no es tan disparatada...

Sam – Pues han sido ellos quienes han captado el mensaje.

Alex – Llevan más de medio siglo escuchando el espacio sin recibir nada. Y de repente, justo un mes antes del fin del mundo...

Sam – Exactamente. Ante la inminencia de la catástrofe, han decidido ponerse en contacto con nosotros.

Max – ¿Para qué? ¿Para despedirse?

Sam – Nos ofrecen salvar a algunos de nosotros. Así, la especie humana podría seguir existiendo, aunque fuera lejos de la Tierra donde nació.

Alex – ¿Salvar a la especie humana? Una empieza a preguntarse si merece la pena...

Fred – ¿Y cómo piensan rescatar a esos pocos privilegiados?

Sam – Vendrían a recogerlos en una nave espacial.

Alex – Ya, claro. Ahora un arca de Noé espacial... Lo que nos faltaba por oír...

Sam – Solo pueden llevarse a unos pocos miles de adolescentes.

Alex – ¿Adolescentes?

Sam – Las personas demasiado mayores tendrían menos posibilidades de reproducirse para perpetuar la especie, y los niños demasiado pequeños no soportarían bien un viaje semejante. Los jóvenes se adaptarían con más facilidad a su nuevo entorno.

Fred – A otro planeta, entonces.

Alex – Pues claro, si la Tierra va a desaparecer...

Max – Muy bien. ¿Y qué pintamos nosotros en todo esto? Hace mucho que dejamos de ser adolescentes.

Sam – Ahora hay que decidir qué instituto de secundaria se salvará.

Fred – ¿Un instituto?

Max – ¿Por qué un instituto?

Sam – Sus alumnos ya estarían reunidos en un mismo lugar. Sería más fácil ir a recogerlos.

Alex – Me alegro por los elegidos, pero ¿qué tenemos nosotros que ver con eso?

Sam – Nos corresponde designar el instituto que se salvará. En nuestro país, claro.

Fred – ¿En nuestro país?

Sam – Se elegirá un centro educativo en cada país. Supongo que para asegurar una diversidad suficiente entre los supervivientes.

Alex – Pues elíjanlo por sorteo.

Sam – Esa es una posibilidad.

Fred – ¿Hay alguna otra?

Sam – Podríamos elegir el mejor instituto del país.

Fred – ¿El mejor?

Sam – El que tenga mejores resultados en los exámenes finales, por ejemplo.

Alex – Ya veo... Uno de esos colegios privados y religiosos adonde van sus hijos, supongo.

Sam – ¿Y los suyos, adónde van?

Alex – No tengo hijos, y usted lo sabe perfectamente. Ninguno de los tres tiene hijos. ¿Por eso nos han elegido?

Sam – No solo por eso...

Un tiempo.

Fred – ¿La excelencia o el azar?

Sam – Exacto. Tenemos que volver a elegir.

Fred – No es humano pedirnos algo así... ¿Cómo elegir, entre todos esos jóvenes, a los pocos que van a salvarse?

Sam – Sin embargo, hay que decidir. Si no, toda la humanidad se extinguirá.

Alex – Pues yo casi preferiría esa opción.

Sam – No podemos perder tiempo. Quieren saber el nombre del instituto antes de mañana. Después quizá sea demasiado tarde...

Alex – Ya sabemos qué significa «excelencia». Está ligada a la selección social. Qué casualidad que los mejores institutos estén en los barrios más ricos.

Fred – Por otra parte, si la humanidad va a sobrevivir, mejor que no sea gracias a unos jóvenes que apenas conocen doscientas palabras, escriben como si todo fueran mensajes de móvil y nunca han redactado un texto más largo que un SMS.

Alex – ¿Eso lo dice usted? ¿Una maestra? ¡Muy bonito!

Fred – Tiene razón, es horrible... *(Pausa.)* Pero, por otra parte, hay que ser realistas...

Sam – Me temo que ya no hay tiempo para debatir. Votemos directamente... ¿Quién está a favor de la excelencia?

Fred duda y levanta la mano.

Sam – ¿Quién está a favor del azar?

Alex y Max levantan la mano.

Sam – Veamos qué opina el público. Primero, los partidarios de la excelencia. Que levanten la mano quienes prefieren salvar al instituto con mejores resultados del país. Ahora, los partidarios del azar. ¿Quién prefiere elegir el instituto por sorteo? Muy bien. Gana la excelencia *(o el azar, según el resultado)*. Gracias por su participación... *(Le suena el móvil. Contesta mientras se dirige hacia las bambalinas.)* Sí... Le escucho...

Sale. Silencio.

Alex – Esta vez todos se habrán dado cuenta de que es una farsa, ¿no?

Los otros dos parecen perplejos.

Max *(Al público)* – ¿Ustedes qué opinan? ¿Es verdad o no?

Puede improvisarse una breve respuesta a uno o varios espectadores.

Fred – Ya no sé qué creer...

Max – Al fin y al cabo, podría ser verdad, ¿no?

Fred – Como decía Sam, hay muchas cosas que consideramos ciencia ficción hasta que ocurren de verdad.

Max – Como aquella pandemia mundial, por ejemplo. Y todo lo que vino después... Si se lo hubieran contado antes de que pasara, ¿se lo habrían creído?

Alex – Probablemente no…

Fred – No sé por qué, pero tengo la sensación de que es verdad.

Alex – ¡Esta gente lleva diez años mintiéndonos! Bueno, en realidad nos ha mentido siempre.

Fred – Es tan increíble... que podría ser cierto.

Max – ¿Qué perdemos por seguirles el juego?

Alex – Entonces reconoce que es un juego.

Fred – Más bien la pregunta es si podemos negarnos a jugar. Ya han visto que están dispuestos a matarnos...

Sam regresa.

Sam – La situación ha cambiado...

Alex – Con el panorama que teníamos, supongo que solo puede haber mejorado.

Sam – Así es, aunque todavía no podemos dar nada por seguro.

Fred – ¿Y entonces?

Sam – Contra todo pronóstico, el peligro ha disminuido ligeramente.

Max – Nos anunció el fin del mundo como una certeza absoluta. ¿Cómo es posible que ahora haya menos peligro?

Sam – El asteroide que nos amenaza ha chocado con otro cuerpo celeste y se ha fragmentado. Pero un enorme trozo sigue dirigiéndose hacia nuestro planeta...

Fred – ¿De qué tamaño?

Sam – Unos cien metros.

Max – Eso es mejor, ¿no?

Sam – Sí, pero aún bastaría para provocar una catástrofe de alcance mundial. A no ser que ese fragmento también se parta en pedazos. Pero, sobre todo...

Fred – ¿Qué?

Sam – La explosión ha aumentado muchísimo la velocidad a la que se mueve el fragmento. Viene hacia nosotros casi a la velocidad de la luz.

Max – ¿Cuánto falta para la colisión?

Sam – Según los nuevos cálculos... una semana, aproximadamente.

Alex – ¿Y a eso lo llama mejorar?

Sam – El impacto se produciría en el hemisferio sur. Pero las consecuencias para el resto del planeta serían terribles: terremotos, tsunamis gigantescos...

Max – Pero, si lo he entendido bien, ¿el fin del mundo ya no es seguro? ¿Tenemos alguna posibilidad de sobrevivir?

Sam – Parte de la población podría sobrevivir refugiándose en búnkeres o en lo alto de las montañas.

Alex – Entonces solo tenemos una semana para prepararnos. Y, si no avisamos a nadie, morirán muchas más personas.

Fred – ¿Qué espera de nosotros?

Sam – Tenemos que reconsiderar nuestra decisión a la luz de esta nueva información...

Fred – Ya no sé qué pensar...

Sam – Si lo anunciamos ahora, cundirá el pánico. Toda la población del hemisferio sur intentará llegar al norte. Y en el hemisferio norte todos correrán hacia las montañas.

Alex – Supongo que los de su clase ya tienen un chalet en las montañas o una casa en algún refugio exclusivo.

Fred – Los que no lleguen a las montañas se matarán unos a otros por alcanzar la cima de una colina o los pisos más altos de los edificios...

Max – Esperando que tampoco se los lleve el agua...

Alex – Pero, si no decimos nada, solo unos cuantos privilegiados bien informados tomarán medidas para intentar salvarse.

Sam – Desde luego... En cualquier caso, no podremos salvar a todo el mundo.

Fred – ¿Tenemos que votar otra vez? ¿Pero sobre qué?

Sam – Ya no tiene sentido precipitarse. La situación cambia de hora en hora, por no decir de minuto en minuto. *(Suena el móvil y contesta.)* Sí... De acuerdo... Llámeme en cuanto sepa algo más... *(Guarda el móvil.)* Los científicos han afinado sus cálculos. Ahora solo hay una posibilidad entre diez de que el fragmento choque contra la Tierra.

Max – Tanto lío para esto...

Alex – ¿Y los hombrecillos verdes?

Fred – ¿Y el instituto que iban a trasladar a otra galaxia?

Sam – No he recibido más noticias al respecto...

Fred – A lo mejor han sido los extraterrestres quienes han destruido el asteroide para protegernos...

Sam – Es una posibilidad. *(Le suena el móvil y contesta.)* Sam... Sí... Vale... De acuerdo, me encargo...

Guarda el móvil, visiblemente afectado. Los otros tres esperan angustiados a que se decida a hablar.

Max – ¿Y bien?

Sam – Acaban de informarme de que el peligro ha desaparecido por completo... Los restos del asteroide pasarán mucho más allá de la órbita de la Luna. Nuestro planeta no sufrirá consecuencia alguna y la población ni siquiera se enterará.

Silencio, entre el estupor y el alivio.

Fred – ¿Así que se acabó?

Sam – Eso parece...

Alex aplaude lentamente, sin hacer ruido, con una sonrisa irónica.

Alex – Se acabó la comedia...

Max – Entonces podremos volver a nuestra pequeña vida de mierda... Como antes. Casi me da pena...

Fred – Es verdad... Nunca me había sentido tan viva como durante todo esto.

Max – ¿Cómo lo llamaban antes? Eros y Tánatos... Ahora va a decirnos que ha tenido un orgasmo...

Fred – Le diría que en casa tengo todo lo necesario, pero, por desgracia, allí solo me espera mi gato.

Max – Si el problema es ese, tiene fácil arreglo... Yo también estoy soltero...

Alex – Lo de estar libre habría que verlo...

Todas las miradas se vuelven hacia Sam, que guarda silencio.

Fred – ¿Sam?

Alex – De todas formas, van a informar a la población de la catástrofe de la que acaba de librarse, ¿verdad?

Sam – La decisión se ha tomado al más alto nivel. No se informará a la población.

Fred – Si ocultan la verdad a la gente y se acaba enterando... Se indignará. Les exigirá explicaciones.

Alex – Ahora que el fin del mundo ya no es inminente, no hay riesgo de pánico generalizado. ¿Por qué seguir ocultándoselo?

Max – ¿Tendremos que volver a votar?

Sam – No habrá votación. Nadie sabrá nada. Y nada de lo que ha ocurrido aquí habrá existido jamás.

Alex – Muy bien. Ustedes harán lo que quieran... y nosotros diremos lo que queramos.

Sam – También he recibido instrucciones al respecto. Lo siento mucho. Todo esto es secreto de Estado. No podemos correr el riesgo de que hablen...

Alex – ¿Ah, sí? ¿Y cómo piensa impedirlo? ¿Matándonos?

Fred – ¡No puede hacerlo! Usted es policía, ¿no? ¡Representa la ley!

Alex – La ley llevan mucho tiempo haciéndola ellos. ¿Todavía cree que la policía está para proteger a los ciudadanos?

Max – ¿Para qué molestarse en matarnos? De todos modos, nadie nos creería.

Fred – Después de todo... Bastaría con decirnos que esto era un juego, y no volveríamos a hablar del asunto.

Max – Un juego de escape. Y al final hemos conseguido salir...

Sam – Lo siento, pero ninguno de ustedes saldrá de aquí...

Saca la pistola de la funda con un gesto algo teatral, como un vaquero que desenfunda durante un duelo, pero el arma se le escurre de las manos y cae al suelo frente a él. Alex se apodera de ella y apunta a Sam. También puede interpretarse la escena de forma burlesca y a cámara lenta, con Sam desenfundando y Alex abalanzándose sobre él para arrebatarle el arma.

Alex – ¿Ya no se siente tan valiente?

Sam – ¿Qué va a hacer? ¿Matarme?

Alex – No me tiente.

Fred – No lo haga.

Max – ¿Y por qué no? ¡Ese cabrón quería liquidarnos a los tres!

Sam – No va a disparar.

Alex – ¿Ah, no?

Sam – Adelante. Apriete el gatillo.

Alex – Después de todo, ¿qué arriesgo? Usted mismo ha dicho que nada de esto ha existido jamás.

Alex duda.

Sam – No es tan fácil matar a una persona, ¿sabe? Ni siquiera cuando se sabe que puede hacerse impunemente. Miles de años de principios morales, desde que Caín mató a su hermano Abel, no desaparecen en una hora.

Alex – Ya le he dicho que no soy creyente.

Fred – Por favor, baje esa pistola...

Max – ¿Para que nos dispare él? ¡Ni hablar! ¡Dispare! Si tenemos alguna posibilidad de salir de aquí, habrá que intentarlo...

Alex sigue dudando y finalmente baja la pistola.

Alex – Está bien, no dispararé... De momento. Pero me quedo con la pistola y, si intenta quitármela, créame que sabré utilizarla.

Sam – Da lo mismo. Puede disparar cuanto quiera, no me matará.

Alex – ¿De verdad?

Sam – Salvo que yo decida hacerme el muerto, claro.

Max – ¿Se cree inmortal o qué?

Fred – O quizá lleva un chaleco antibalas.

Sam – La pistola no está cargada.

Alex – Otra mentira.

Sam – Es verdad, miento.

Pausa.

Fred – Esa frase es bastante difícil de interpretar.

Max – ¿Cómo?

Fred – Ha dicho: «Es verdad, miento». Si es verdad, entonces no miente.

Alex – Y si miente, entonces no es verdad.

Max – Esto ya es demasiado complicado para mí...

Sam – En cualquier caso, no es una pistola de verdad.

Alex – Ya, claro...

Sam – Es un accesorio de teatro...

Max – ¿Un accesorio?

Un tiempo.

Alex – ¿Ahora resulta que estamos en un teatro?

Max – Ya solo nos faltaba eso...

Fred – Pero es imposible. Todos los teatros llevan años cerrados por culpa de la pandemia.

Sam – Casi todos. Pero algunos siguen resistiendo, a escondidas de las autoridades sanitarias y policiales.

Alex – O sea... ¿que hemos estado representando una obra?

Sam – Y la obra ha terminado. Ahora les aplaudirán, espero, volverán a sus camerinos y después podrán irse a casa. Nadie va a morir. Bueno, hoy no. La función ha terminado.

Fred – ¿O sea que no es policía?

Max – Pero entonces... ¿quién es usted?

Sam – Soy el director de escena.

Alex – O sea, que todo era mentira...

Sam – No. Era mentira y era verdad. Era teatro.

Max – ¡Pero nosotros no somos actores!

Sam – Los elegimos para participar en un espectáculo improvisado. Toda esa gente son espectadores.

Fred – Así que es usted quien está desobedeciendo la ley. Las representaciones teatrales están terminantemente prohibidas.

Sam – Pertenezco a una organización clandestina que intenta resucitar lo que antes llamábamos «espectáculo en vivo»...

Alex – ¿Y dónde estamos?

Sam – Estamos en el Teatro... *(Se mencionará aquí el nombre del teatro donde se representa la obra.)*

Un tiempo.

Fred – El teatro... Hace tanto tiempo que no vamos...

Max – Ya ni nos acordamos de para qué servía.

Sam – Para nada... Para reflexionar...

Max – ¿Reflexionar sobre qué?

Sam – Sobre el sentido de la vida, por ejemplo...

Fred – Después de todo esto, creo que veré la vida de otra manera.

Sam – Morir dentro de un mes o dentro de treinta años, morir cada uno por su lado o todos juntos... ¿Qué más da al final?

Fred – La cuestión es qué queremos hacer con el resto de nuestra vida.

Max – ¿La cuestión? ¿Y cuál es la respuesta correcta?

Sam – En el teatro no hay respuestas correctas. Solo hay buenas preguntas.

Alex – Sea como sea, nunca hay que renunciar a vivir por miedo a morir.

Fred – Y cuando caiga el telón y abandonemos el escenario, entre aplausos o silbidos, que al menos hayamos interpretado plenamente el papel de nuestra vida.

Los cuatro se colocan frente al público para saludar.

Sam – Señoras y señores, la representación a la que acaban de asistir es, por supuesto, totalmente ilegal. Así que, cuando salgan de aquí, aunque les haya gustado, no se lo cuenten a nadie. Gracias de antemano por su discreción...

Oscuro.

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente
desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón - Agosto 2022

ISBN : 978-2-37705-812-9
© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.